

JOSE ZALAQUETT, EX ABOGADO JEFE DEL COMITE
PRO PAZ, EX PRESIDENTE DE AMNISTIA
INTERNACIONAL

“He visto la mugre de cerca”

La memoria de los chilenos es frágil, nos olvidamos fácilmente de los hechos que nos conmovieron hace tan sólo diez años. ¿Quién recuerda, por ejemplo, la febril actividad del Comité Pro Paz que salvó centenares de vidas en los primeros tiempos del Golpe Militar? ¿Sabrá el nuevo Vicario de la Solidaridad, el obispo Sergio Valech, el compromiso de honor que contrajo la Iglesia Católica en esos días con la defensa de los derechos de todos los chilenos? ¿Sabrá el obispo Valech que decenas de hombres y mujeres arriesgaron todo para salvar vidas a nombre de la Iglesia?

Fueron días en que el drama y el coraje se mezclaban cada hora, cada minuto, marcando de por vida a sus protagonistas. Uno de esos hombres es el abogado José Zalaquett, el abogado jefe del Comité Pro Paz, el mismo hombre grande que ayer corría entre la Escuela de Derecho de Pío Nono y el negocio familiar de materiales de sastrería, “sin que le quedara tiempo para militar en nada”. El mismo que durante el Gobierno de la Unidad Popular se encontró siendo jefe del Departamento Jurídico de la CORA. El Golpe lo sorprendió en la Vicerrectoría de la Universidad Católica. Sin saber cómo, se encontró a los pocos días defendiendo presos políticos.

Se empapó de solidaridad y de “ese extraño sentimiento de plenitud que deja el enfrentar la situación junto a otros”. Un día le tocó a él, conoció la cárcel y el exilio, la locura y el vértigo. Los derechos humanos lo sacaron del hoyo. Se convirtió en una figura mundialmente conocida al recorrer, como presidente de Amnistía Internacional, las cárceles de muchos países. La vida le cambió definitivamente, sin retorno.

Hoy está de regreso en su patria, tras diez años de prohibición de ingreso, intentando acomodar su infinita soledad entre el amor a sus hijos, a su familia y a los amigos que pacientemente ha cultivado a lo largo de los años. El no eligió su vida; como muchos, optó, luego que el 11 de septiembre de 1973 la vida se le cortara en dos. A los 45 años, José Zalaquett tiene una sola certeza: jamás podrá abandonar el trabajo de los derechos humanos.

● *“En diciembre de 1973, después de recorrer quince ciudades, evalué que había 18 mil detenidos en el país”.*

● *“En Guinea, a la caída del régimen, escuché durante tres días los testimonios más horribles de las víctimas de Sekou Toure”.*

● *“No creo que la Iglesia Católica vaya a ser el acusador de mañana. Pero la información está, toda la información de las violaciones se puede reconstituir, incluso si la Iglesia se negara a entregarla”.*

—¿Cómo fue que usted inmediatamente después del Golpe Militar se convirtió en un defensor de presos políticos?

—Fue muy natural. Siendo abogado me pedían consejo y asumí la defensa de una persona en Puerto Montt. Busqué contacto con alguna autoridad local y hablé con el obispo Fernando Ariztía. El me pidió que hablara con el obispo Jorge Hourton de Puerto Montt y le señalara la necesidad de formar un Comité Pro Paz similar al que desde hacía una semana se organizaba en Santiago. Hourton reaccionó con entusiasmo y juntó de inmediato un equipo de abogados. En Talca, el obispo Carlos González lo había organizado en forma simultánea con Santiago. Cuando regresé, fui al local del Comité y me ofrecí para ir a provincias. Entre noviembre y diciembre visité quince ciudades haciendo el mismo trabajo que en Puerto Montt.

—¿Cuál fue su labor concreta en esos dos meses de 1973?

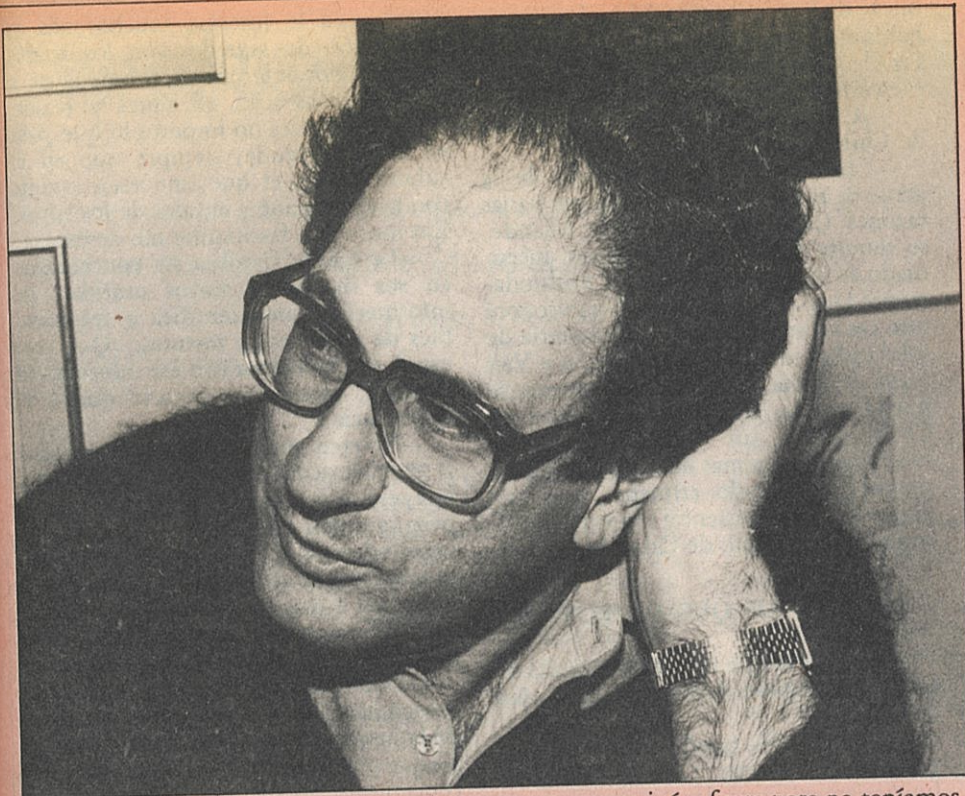
—Hice el mismo recorrido que el general Sergio Arellano, pero veinte días después. Visité todos los recintos de reclusión públicos, no los secretos, y escuché todos los testimonios que pude. Cuando regresé evalué que había 18 mil detenidos en el país y presenté un informe a los obispos en diciembre.

—¿Cómo se organizó el trabajo en el Comité Pro Paz?

—Fernando Salas era el responsable del Comité, estuvimos de acuerdo en que había que formar un departamento legal y me pidió que me hiciera cargo. A los dos meses ya teníamos cuarenta abogados. Se avanzaba a una velocidad que hoy día es impensable. En diciembre hicimos cuatro reuniones con los familiares de los presos políticos de Chacabuco. A partir de ese momento la gente dijo: este es el centro de informaciones. En febrero, analizando los casos, nos dimos cuenta que había 131 desaparecidos.

—¿Cómo fue que se llegó a esa dramática constatación?

—En la mañana, apenas se abrían las puertas del Comité, entraban como cien personas que eran recibidas por las asistentes sociales. Luego los casos pasaban a los abogados y después se hacía un registro en el Departamento de Informa-



ciones. Allí se descubrió que había centenares de casos de personas detenidas que no figuraban en ningún recinto carcelario. Después de una minuciosa investigación terminaron siendo 131 personas. En marzo de 1974 se presentó el primer recurso de amparo masivo.

—Usted tomó contacto directo con un mundo de muerte y tortura. ¿Cómo lo afectó? ¿Cómo le cambió su vida?

—Yo tenía una visión muy optimista del ser humano. Ese viejo cliché que dice que en el ser humano está lo más noble y lo más bajo al mismo tiempo, pude comprobarlo en la realidad. En esa situación de crisis uno encontraba una minoría que se comportaba extremadamente cruel, otra minoría todavía menor que se comportaba extremadamente valiente y una gran mayoría ambigua, mediocre, que se movía de manera oportunista.

—¿Cuál fue su opción?

—Sin falsa modestia tomé la de jugar a las. No fue una opción de siempre. Simplemente aprendí a vencer el miedo, a controlarlo de a poco. Eso me permite hoy mirarme al espejo todos los días.

—¿Cómo le afectaba el hecho de que a pesar de esa verdad terrible que ustedes tenían, el país seguía funcionando y muchos chilenos no querían saber lo que sucedía con los perseguidos?

—Nosotros vivíamos en un submundo de la mañana a la noche. Trabajábamos hasta muy tarde y veíamos víctimas, sólo víctimas. Sabíamos del mundo indife-

rente que existía afuera pero no teníamos contacto con él.

—¿Era una especie de autodefensa?

—No, un mundo encerrado en su propio drama, de muerte y de lucha. A esa verdad terrible se agregaba un sentimiento de profunda significación de lo que estábamos haciendo. Eso hace que esos años sean inolvidables, no sólo por lo terribles sino por lo significativos. El hecho de que enfrentáramos la situación a pesar de todo nos hacía muy fuertes y muy vulnerables.

—¿Cuándo y por qué fue detenido?

—Nosotros ayudábamos a todos aquellos que estaban corriendo peligro de muerte. Teníamos un sistema para asilar a la gente. Un día descubrieron el sistema y en una semana, once personas del Comité fuimos detenidos.

—¿Cómo fue?

—Como a las dos de la mañana del 15 de noviembre de 1975, en mi casa sentimos los golpes en la puerta. No podían ser sino ellos. Querían quebrar el Comité. El mismo día que me detuvieron, Pinochet envió una carta al Cardinal Silva Henríquez pidiéndole que disolviera el Comité. El lo disolvió, pero reorganizó el trabajo bajo la orientación de la Vicaría de la Solidaridad.

—¿Qué fue lo que desató ese ataque frontal?

—Dos hechos. El 15 de mayo una persona torturada por la DINA dijo que tenía un contacto en la calle, se les escapó y se refugió en el Comité. La DINA rodeó el local y en la noche llegó el general Contreras a visitarnos. Salvamos

al hombre y hoy está vivo en París. Después, cuando sucedió el asunto de los 119 detenidos desaparecidos, nosotros enviamos una persona a Argentina y revelamos que las revistas "O'Día" y "Lea" no existían. Eso no lo perdonaron nunca. Cuando descubrieron el sistema para salvar perseguidos, arremetieron.

—¿Se había preparado para ser detenido?

—Sí. Estuve 18 días incomunicado y dos meses en Tres Alamos. Fui liberado a fines de enero de 1976. En marzo retomé mi trabajo de a poco, pero fui nuevamente detenido y el 12 de abril me expulsaron del país.

LA LOCURA DEL EXILIO

—¿Qué significó para usted tener que abandonar su país, su trabajo?

—El primer tiempo no me di cuenta. Los primeros cinco meses viví como un pájaro, luego me vino una depresión espantosa. Al principio iba a cada acto de solidaridad, viví en siete casas distintas y viajé tres meses seguidos, como loco, creyendo que el mundo lo arreglaba yo solo. Cuando pude mirar más allá de los actos y de esa actividad loca, me fui cortado.

—¿Cómo vivió su depresión?

—En varias partes. Primero en París, solo. Luego con mi familia en Oxford y cuando ellos, al cabo de tres meses, volvieron a Chile, me fui a Estados Unidos. La viví trabajando. Me arrastraba de la cama. Era muy difícil levantarse.

—Cuando recordaba su actividad, su vida en Chile, ¿la pensaba como un sueño?

—No, me parecía muy real, pero me costaba imaginarme lo que hacía antes. Eso sí me parecía irreal.

—¿Le costaba recordar la vida tranquila y feliz anterior a 1973?

—No, era difícil recordar la época en que yo era un indocumentado. Cuando uno creía que la razón histórica y la razón moral estaban a favor nuestro y que algún viento superior nos iba a empujar hacia el destino feliz porque éramos los mejores. Cuando no sabía cómo golpean las fuerzas de la historia y la sociedad, ni los zarpazos de la hiena.

—¿Cómo salió de su depresión?

—Trabajando y mientras intentaba salir me ayudaba con pildoritas. Empecé a meterme en trabajos de derechos humanos, transmitía todo lo que sucedía en Chile y después me incorporé a Amnistía Internacional. En Estados Unidos necesitaban gente que les colaborara, después me eligieron en el directorio y entre 1979 y 1982 fui elegido presidente.

—En su calidad de presidente de Amnistía Internacional, ¿qué países visitó por las violaciones a los derechos